

Dentro de la servidumbre económica es el deber de servir al país.

# EL OBRERO

La prensa no es mala ni buena; ella siempre reflejará el espíritu levantado o dañado de quienes la manejan.

ORGANO DE LA FEDERACION OBRERA DE LA REPUBLICA DE PANAMA

SABADO, ABRIL 8 de 1922

Número 36.

## BENEFICENCIA EL ESTADO MUNDIAL

### CUADRO DE COSTUMBRES

Antonio Delgado es un pobre obrero que habita con su familia en un zaguizami de una casa muy destaralada. Vive de la caridad.

Un día vuelve a su casa muy alegre.

—¡Alegrados queridos míos; hoy os traigo buenas noticias! He encontrado trabajo.

Bendito sea Dios!

—¡Sí, bendito sea el gobierno, que es quien me ha dado!

—Conque mañana te irá tu mujer.

—Mañana? ¡Qué prisa tienes! El trabajo que he encontrado empezará... dentro de diez meses.

—Ah!

—Sí, dentro de diez meses comenzarán una porción de obras que hay proyectadas. Alegrémonos, pues. Dentro de diez meses... comeremos también nosotros.

—Y en tanto, cómo vivimos?

—En tanto? Es verdad, no había pensado en ello.

—No tenemos pan y nadie nos socorre.

—Es verdad... Qué imbécil soy!... Pero ¡ah! No os había dicho todo. Figuro entre los pobres que han de ser socorridos en la gran fiesta de beneficencia que va a darse en el teatro.

—¡Una fiesta para los pobres!

—Sí. Figúrate que todos los señores y señoras que se compadecen de los necesitados son los que darán esa fiesta, una fiesta en toda regla, y que ya han gastado no sé cuántos cientos de pesetas en los preparativos.

—¡Oh! ¡Si se les hubiesen dado a los pobres!...

—¡Tonta! Considera que son señores y deben divertirse... ¡Y después dicen que los señores no piensan en los obreros!

—Y cuándo se dará esa fiesta?

—Dentro de quince días.

—¡Ah! Y en tanto?

—En tanto... en tanto hay que procurar no morir de hambre.

—Eso se dice pronto. ¿No nos podrían adelantar hoy mismo algo a cuenta?...

En la noche de la fiesta. Fuera del teatro está nuestro hombre con su familia contemplando infinidad de luces y adornos, viendo llegar carruajes con cocheros galoneados y cortesés, luciendo ricas libreas, y entrar señoras lujosamente vestidas; entreviendo los estantes llenos de refrescos pastas, y los grandes ramos y "corbeilles" de flores con cintas colgantes de raso recamadas de oro. Y mientras ve todo esto, siente que se le doblan las piernas de hambre, y no puede por menos de exclamar:—¡Oh! ¡Si quisiera una cinta de un ramo!...

Y los chicos perciben en el aire el olor caliente e incitador del buffet, y uno de ellos se propasa a pedirle limosna a un caballero, el cual le contestó indignado:

—¡Pedir limosna esta noche! ¿No ves que voy a pensar ahí dentro en los pobres? ¿Y quieres que vacíe la bolsa aquí fuera?

—Después de todo—dice para sí Antonio Delgado—tiene razón. Bastante hacen. ¡Ah! ¡Qué caritativos son estos señores!

Durante varias horas se oyen desde fuera música, gritos, cantos y un barullo cada vez mayor. A la de salida, los señores y las señoras están rendidos, ebrios, con los rostros amoratados y los vestidos sucios...

—¡Oh! ¡pobre gente!—exclama Delgado.—Cómo llegan a ponerse por hacer un poco de bien no se tiene en pie... Mirale... a los pobres!

—Mira, papá, aquel señor que si no le sostiene el lacayo, cae al suelo.

—¿Si? ¿Tú sabes que ha tenido que beber con el lacayo señor por hacer bien a los pobres!

Al día siguiente, Antonio Delgado se presenta al Comité para recibir la parte que le corresponde en la fiesta de Beneficencia.

—¿Qué quiere usted?

—Pues... lo que me toca.

—¡Imbécil! ¿Cómo vamos a darle hoy el dinero? Las señoras del Comité están en la casa todavía, y la secretaria tiene una gran indigestión de bizcochos. Además tenemos que hacer cuentas.

—Entonces, ¿cuándo he de volver?

—Dentro de veinte días.

—¡Veinte días!

—Sí, y si no quiere usted volver, no vuelva. Qué gentes! Después de lo que se hace por ellas, aun vienen con exigencias inadmisibles. Creen que no tenemos que hacer más que pensar en sus necesidades. Quisieran que se hicieran las cuentas en dos horas. Cuatro, ocho... y, ya está todo. ¡Oh! ¡La ignorancia!

—Es verdad—piensa Antonio marchándose.—Estos señores tienen que hacer las cuentas y necesitan una veintena de días para distribuir equitativamente lo recaudado.

Es el día del reparto.

Muchos señores y señoras van llegando al local del Comité. El número de pobres es tan grande, que hay precisión de que formen fila, y esperen algunas horas.

Antonio Delgado, que, después de veinte días, está reducido... a la menor cantidad posible de hombre, se arrastra por entre la multitud y llega al sitio donde

(Pasa a la Tercera Página)

### Desconcertantes ideas del gran publicista inglés, H. G. Wells, sobre los destinos de la humanidad futura

Parece evidente que la honda crisis que afecta a nuestra civilización pone a prueba también al pensamiento. En momentos álgidos de la vida política de las instituciones, en que los ojos menos avizores escudriñan con impaciencia el horizonte de las posibilidades para vislumbrar cuál puede ser el destino próximo de la humanidad, compruébase que la videncia de los cerebros privilegiados, y por ello mismo influyentes, suele ofrecernos al considerar el magno asunto, la muestra inequívoca de su desorientación absoluta. E. Barbusse en Francia y H. G. Wells en Inglaterra, para citar dos casos bien conocidos, constituyen una prueba de nuestro aserto.

En esta ocasión hemos de referirnos particularmente al celebrado publicista inglés, cuyo último libro EL SALVAMENTO DE LA CIVILIZACION demuestra simplemente hasta qué punto puede una inteligencia robusta y un espíritu emancipado, enredarse en el error y caer finalmente en el mas grande absurdo psicológico, por puro abandono de ciertas fundamentales verdades económicas y sobre todo, por ausencia de norte ideológico.

En definitiva piensa Wells, que la salvación del mundo depende de su pacificación, y que ésta no se logrará, mientras se mantengan en pie los particularismos nacionalistas. Será preciso que las grandes potencias se liberen del patriotismo estrecho que las ofusca y del egotismo en que se debate para posibilitar de esa manera el advenimiento de la unidad universal. Del mismo modo que Norte América ha realizado la unidad de sus distintos estados, Europa debe afanarse por conseguir la síntesis de sus naciones, hasta que constituida por último la unidad de los continentes, sólo perdure el único y formidable "Estado Mundial de la Humanidad".

Como se ve, el "Estado mundial" de Mr. Wells representa algo así como el resultado de aquella "conciencia supernacional" de que nos hablaba don Alfonso Posada. Muy bien todo ello si no fuera que estamos todavía pobres de "sana" conciencia nacional y desprovistos de "verdaderos" estados. Pues cosa muy distinta es la conciencia mórbida del nacionalismo contemporáneo, a la francesa verbigracia, (puro patriotismo interesado), y, con referencia al Estado; lo que suele entenderse por tal, sigue siendo solamente la organización en naciones de la casta privilegiada.

En cambio, Mr. Wells, no nos dice si el "estado mundial" habrá de constituirse manteniendo en

pie las instituciones actuales o si corresponderá modificarlas después de montado. Ni nos aclara debidamente si es sobre el falso e incompleto individualismo que nos gobierna o sobre el escombroso comunista que podrá ser reconstruida la decadente civilización.

¿El "estado mundial" será socialista o capitalista? es lo primero que debemos saber. ¿Subsistirá en él en un todo o parcialmente la propiedad privada? Esto bien más fundamental e interesante que el si los ministerios universales serán tres o serán cuatro no nos ha dicho el publicista inglés.

En pocas palabras Wells pretende levantar el edificio del super-estado, antes de haber pensado con qué materia ha de construirlo. Es el mismo sambenito del "altruismo", el mismo dale dale de la "solidaridad" y demás ingenuas lindezas; como si el "altruismo" por el altruismo no fuera un absurdo psicológico, y como si la "confraternidad" fuera una fórmula posible sin una previa preparación de la vigente condición humana.

Estamos también aquí en el punto de partida; pues si la educación ha de preparar el advenimiento del nuevo espíritu colectivo, preciso será que se empiece por preparar el advenimiento de "esa" educación. Por lo demás olvida Wells que la religión de la confraternidad no es nueva, sino por lo menos tan antigua como el cristianismo.

Difícil será concebir una religión del altruismo y de la fraternidad más excelsa que la cristiana. No obstante dos mil años no han bastado para unir a los hombres y estamos autorizados a creer que otros dos mil no bastarán. No es una nueva religión la que la humanidad requiere. El altruismo cristiano será, si acaso llega, consecuencia y no causa de la felicidad de los hombres. El padre-nuestro, la oración de vuestros hijos, nos dice primero "venga a nos el Tu Reino" y después "así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Del mismo modo la caridad como virtud debe ser posterior al reino de la justicia. Es la fórmula de la justicia lo que debemos esclarecer para que sea un hecho el advenimiento del reino de Dios sobre la Tierra.

Wells se consuela del egoísmo de las naciones; no encuentra natural y justificado que esos pueblos, inglés, francés, ruso, alemán, recelosos unos de otros, se interesen por ahora de su propio destino. No obstante como ha de tenerles en cuidado la tran

(Pasa a la cuarta plana)